

Geiser Gerardo Martín Medina
Investigador Independiente

Consideraciones sobre los pobladores del semidesierto en la región del altiplano potosino y el Gran Tunal durante la época prehispánica desde el paisaje y territorialidad

Resumen: Revisión general en torno a la arqueología del altiplano potosino y el Gran Tunal en la parte central de la Mesoamérica septentrional, a partir de algunos antecedentes de investigación en ambas áreas y contrastando las regiones entre sí. El trabajo deriva del proyecto de investigación titulado: "Paisaje y territorialidad: una aproximación a las relaciones entre el altiplano potosino y el Gran Tunal", que fue sometido a concurso de oposición para ocupar la plaza de profesor investigador en el Centro INAH San Luis Potosí en 2018. La revisión sobre las regiones colindantes correspondientes a los actuales estados de Querétaro, Guanajuato y Zacatecas muestra las similitudes y diferencias entre las regiones culturales. Esto permite comparar las diferentes estrategias y metodologías a aplicar en campo, así como en el estudio de los materiales arqueológicos.
Palabras clave: cazadores-recolectores, arqueología del paisaje, San Luis Potosí, altiplano potosino, Gran Tunal.

Abstract: This work aims to reflect a general review of the archeology of the Potosí Highlands and the region known as the Gran Tunal in the central part of Northern Mesoamerica, based on previous research in both areas and contrasts between the two areas. The paper derives from the research project titled: "Landscape and territoriality: an approach to relations between the Potosí plateau and the Gran Tunal" by the present author, submitted in competition for the position of research professor at the INAH center in San Luis Potosí in 2018. Similarly, a brief review carried out in adjoining areas corresponding to the present states of Queretaro, Guanajuato and Zacatecas offers evidence of regional cultural similarities and differences. This allows for the comparison of strategies and methodologies that is applicable to work in the field and in the study of archaeological materials. Methodologies generated from concepts such as landscape or territoriality can be helpful in combination with studies of settlement patterns or patterns of dispersal of surface materials in the case of hunters' camps, as well as in the collation of these elements with environmental data that were a relevant factor in establishing of areas of human occupation.

Keywords: Hunter-gatherers, Landscape archeology, San Luis Potosi, Potosi Plateau, Gran Tunal.

Ubicación y generalidades de la región

El área de estudio se localiza en el actual estado de San Luis Potosí: por su lado este, limita desde el norte hasta el sur con los estados de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Veracruz e Hidalgo; y por el oeste, de sur a norte, con Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Zacatecas (INEGI, 1985: 3). El centro y porciones del este del estado forman parte de la sierra Madre Oriental, con una altitud promedio de 2 000 metros sobre el nivel del mar (figura 1). La entidad forma parte de tres de las grandes regiones naturales en las que se ha dividido al país: la Llanura Costera del Golfo Norte, que abarca una pequeña franja en el este del estado. Presenta una morfología general de extensas llanuras interrumpidas por pequeñas ondulaciones denominadas lomeríos (INEGI, 1985: 3).

La sierra Madre Oriental se extiende en más de la mitad del territorio potosino; sus sierras alargadas de calizas, alternadas con amplios cañones, valles o

llanuras, ofrecen a la entidad grandes contrastes que van desde la zona cálida-húmeda de la Huasteca, hasta la seca templada región del occidente. Por último, la Mesa del Centro, situada en la porción occidental de la entidad, está formada principalmente por sedimentos marinos del Jurásico superior y del Cretácico, que fue afectada por vulcanismo del Terciario, y que dio como resultado la morfología actual de amplias llanuras interrumpidas por sierras (INEGI, 1985: 3).

La región del altiplano ocupa la mayor parte de la extensión territorial del estado; en la parte septentrional cruza el trópico de Cáncer (figura 2). Su clima es seco-desértico y en sus grandes extensiones se encuentra una extensa variedad de cactáceas, algunas únicas en su género. Se compone por los actuales municipios de Catorce, Santo Domingo, Guadalcázar, Venado, Villa de Arista, Vanegas, Charcas, Villa de Ramos, Villa Hidalgo, Cedral, Matehuala, Villa de Guadalupe, Salinas y Moctezuma (Gobierno del Estado de San Luis Potosí, 2015).

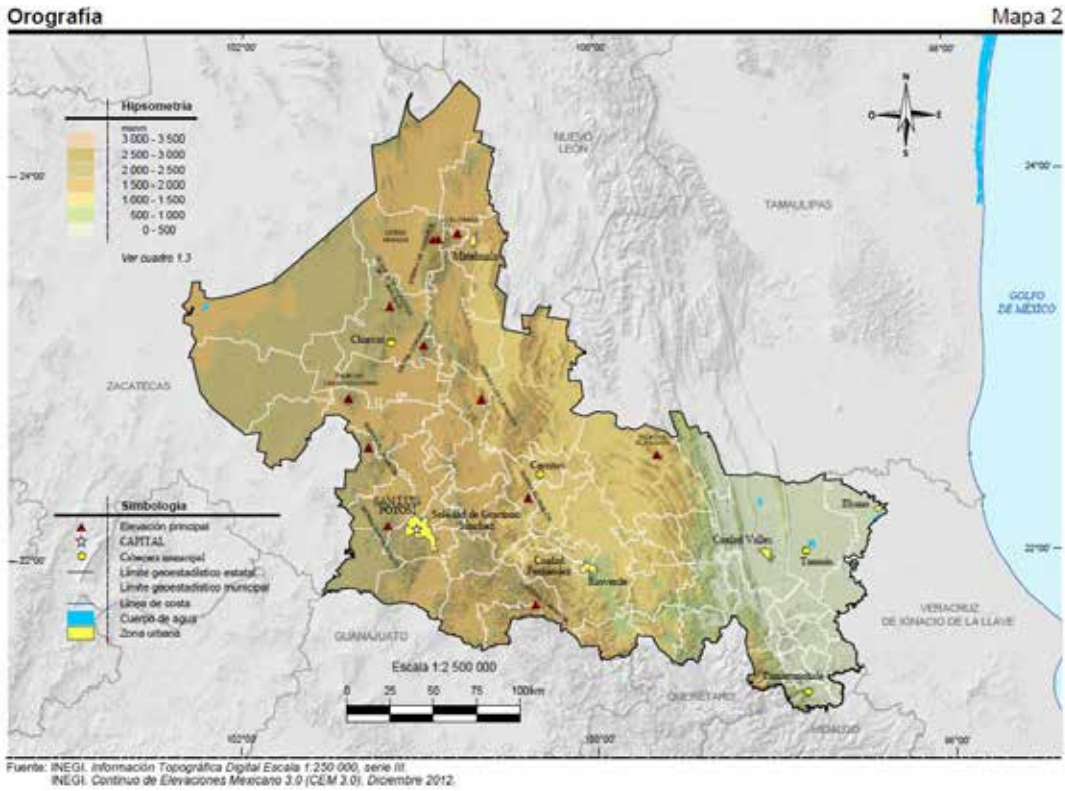


Fig. 1 Conformación del terreno de San Luis Potosí. Fuente INEGI, 2017.

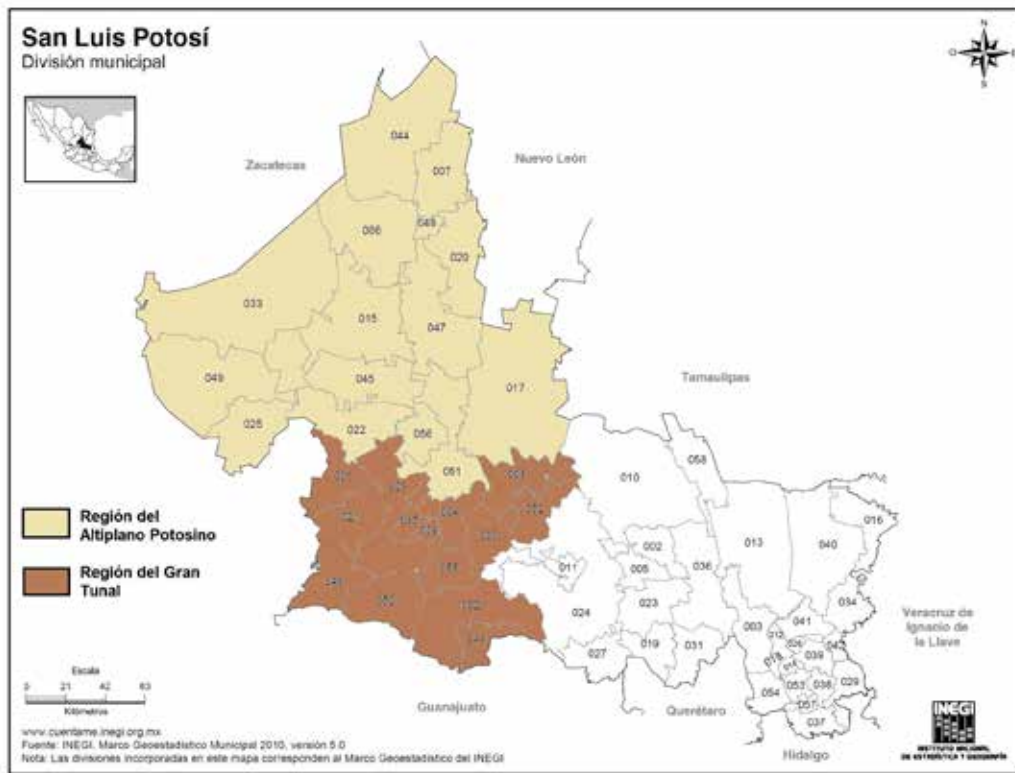


Fig. 2 Delimitación del Estado de San Luis Potosí resaltando las áreas del altiplano potosino y el Gran Tunal. Fuente: INEGI, 2010, con modificación de Geiser G. Martín Medina.

Por su parte la actual zona centro, antes conocida como el Gran Tunal, es donde se ubica la capital del estado. Debido a la concentración de procesos históricos como la expulsión de los guachichiles, la explotación minera y la fundación de las primeras villas y ciudades, hubo una transformación en el paisaje, por lo que queda poca evidencia de las ocupaciones previas a la hispana y en el presente cuenta con monumentos religiosos de estilo barroco, así como arquitectura colonial y porfiriana con portales de piedra labrada en los que conviven el estilo neoclásico. Se considera como una zona esencialmente industrial, comercial y de servicios, donde se genera el 89.5% del valor bruto de la producción manufacturera del estado. Los principales subsectores manufactureros son: industrias metálicas básicas; fabricación de equipo de transporte, equipo de generación eléctrica, aparatos y accesorios eléctricos e industria alimenticia. Lo conforman los municipios de Ahualulco, Armadillo de los Infante, Cerro de San Pedro, Mexquitic de Carmona, Santa María del Río, Soledad de Graciano Sánchez, Tierra Nueva, Villa de Arriaga, Villa de Reyes, Zaragoza y la capital, San Luis Potosí (Gobierno del Estado de San Luis Potosí, 2015).

Generalidades en cuando a clima, suelos, flora y fauna de la región

La entidad presenta una variedad climática que incluye, desde los cálidos relativamente húmedos de la región costera, hasta los secos templados del altiplano. Esta gama se debe, por un lado, a las variaciones de altitud y latitud, y por otro, a la influencia marítima (INEGI, 1985: 9). En la región del Gran Tunal y el altiplano predominan los climas secos y semidesérticos templados, los cuales son de carácter continental y van de los secos a los semisecos de norte a sur y se distribuyen en altitudes que van de 1 600 a 2 700 msnm (figura 3).

Las variedades comprenden semisecos semicálidos con lluvias de verano, los cuales se presentan en la zona de transición de la sierra al altiplano, en altitudes menores de 1 000 msnm y en ocasiones alcanzan 1 500 msnm. El tipo de clima seco templado con lluvias en verano, que se extiende desde las sierras y lomeríos de Aldama y Río Grande hasta los llanos y sierras potosino-zacatecanos, tiene influencia en la ciudad de San Luis Potosí y se extiende al norte en Coahuila y al occidente en Zacatecas. Registra una temperatura media anual de 16 °C a los 18 °C y su precipitación varía entre 335 y 398 mm al año. En cuanto al tipo semiseco templado con lluvias de verano, se encuentra parcialmente en los llanos de Ojuelos y en la zona sur de los llanos y sierras potosino-zacatecanos; al occidente se extiende hasta Zacatecas, al sureste hasta Jalisco y al sur se interna en Guanajuato. La precipitación presenta su máxima intensidad en junio, con alrededor de

125 mm, y la mínima en diciembre, con 10 mm (figura 4) (INEGI, 1985: 10).

En aquellas regiones las condiciones del terreno son similares a la región media, donde se cuenta con intermitentes arroyos a nivel de superficie, siendo algunos de buen cauce y algunos aislados, que presentan un nivel alto durante todo el año, así como algunos ojos de agua dulce y una laguna salina permanente (figura 5). La escasa vegetación derivada de los cerros calizos destaca en sus áreas de azolve, árboles de crecimiento medio y bajo, como mezquites, huizaches y arbustos espinosos; mientras que en las áreas de mayor altitud y cerca de los desbordamientos volcánicos se presenta una vegetación más abundante, gracias a los suelos ricos; en esos puntos se hallan gran variedad de cactáceas, muchas de ellas comestibles: nopales, pitahayas, garambullos, cardos clavellinas, entre otras (Tesch, 2005: 100).

En lo relacionado a la fauna, presenta similitudes con la de la región media potosina, ya que la zona es nicho de especies silvestres como pequeños mamíferos, entre ellos ardillas, ratas de campo, ratas de canguro, rata magueyera, liebres y conejos del desierto. También se observa la presencia de venados, mapaches, zorrillos, zorras grises, coyotes y gatos monteses, así como víboras de cascabel, lagartijas, camaleones, ranas y tortugas de agua y de tierra, siendo estas últimas propensas a proliferar en la temporada de lluvias. Habitan aves como zopilotes, quebrantahuesos, aguilillas, ceniztos, azulillos, colibrís, palomas moradas, tórtolas, codornices, carpinteros y algunas especies de patos (Tesch, 2005: 102).

Problemática del área de estudio

Observar las características actuales del terreno y lo que se puede obtener en la región es de importancia, ya que si bien el entorno del presente no es el mismo al de hace dos mil años, éste nos brinda una aproximación a la posible realidad que experimentaron los pobladores del área. Ante ello, debió tomarles un tiempo considerable entender la dinámica de las lluvias, las temporadas de secas, la recolección y la caza; así el aprendizaje del medio se concretó a través de la experiencia, que permitió “dominar” el conocimiento del paisaje.

Para Viramontes (2000: 50), es claro que los grupos poseían un conocimiento sustancial del medio en el que vivían y eso los ayudó a obtener la máxima eficiencia en la explotación de los recursos disponibles; sabían dónde se localizan, cómo se aprovechan, quiénes dentro del grupo —especialistas— se debían abocar a la obtención de éstos, etcétera. Por ello, se considera que el medio geográfico es el elemento en el cual se registran las líneas básicas del comportamiento de una comunidad, las cuales quedan plasmadas en

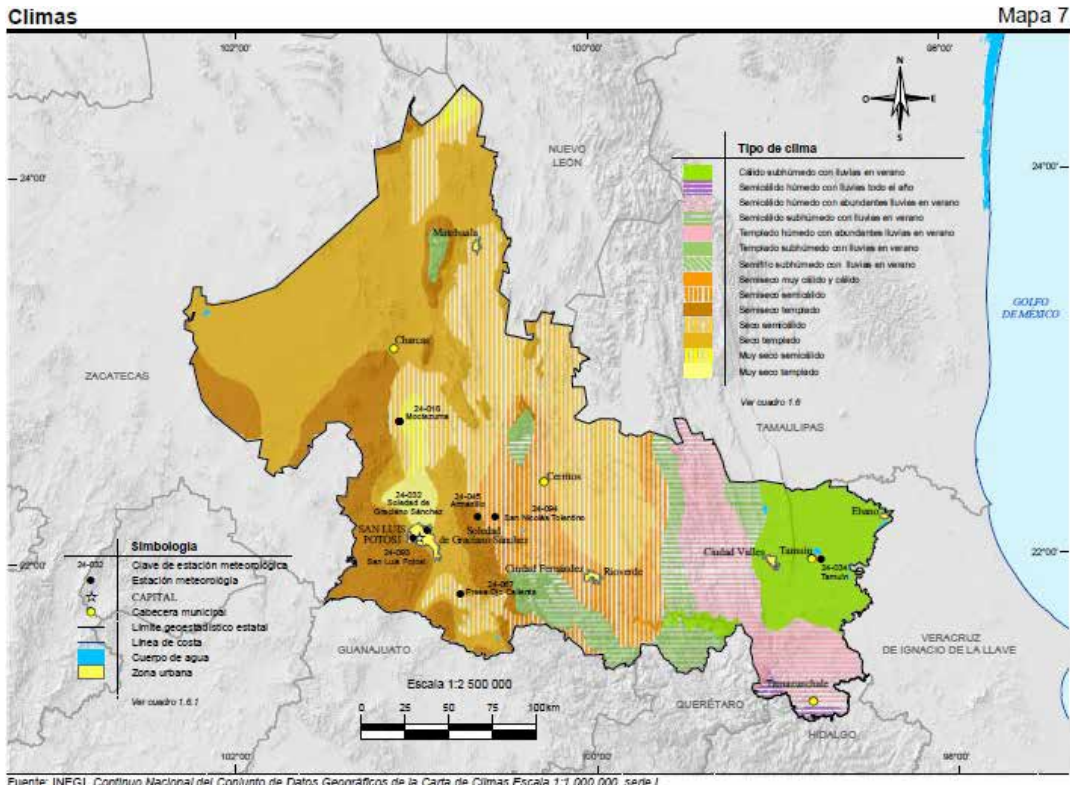


Fig. 3 Tipos de climas por región de San Luis Potosí. Fuente: INEGI, 2017.

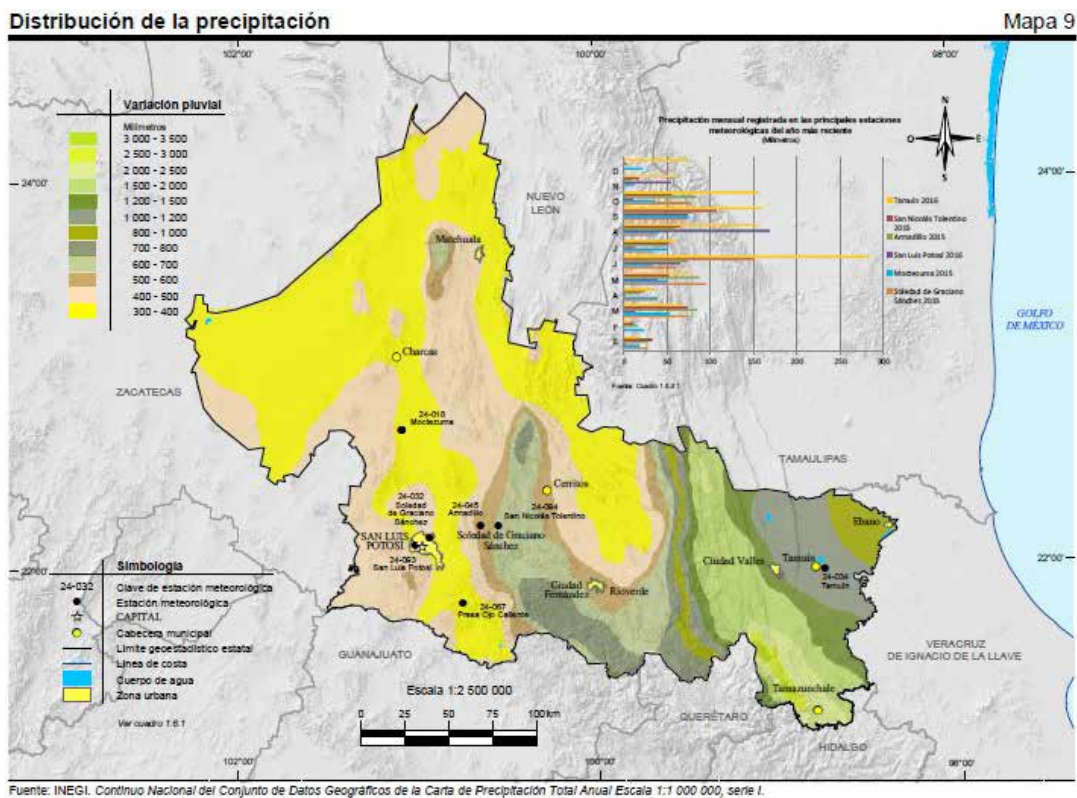


Fig. 4 Mapa de distribución de precipitaciones en el estado. Fuente: INEGI, 2017.

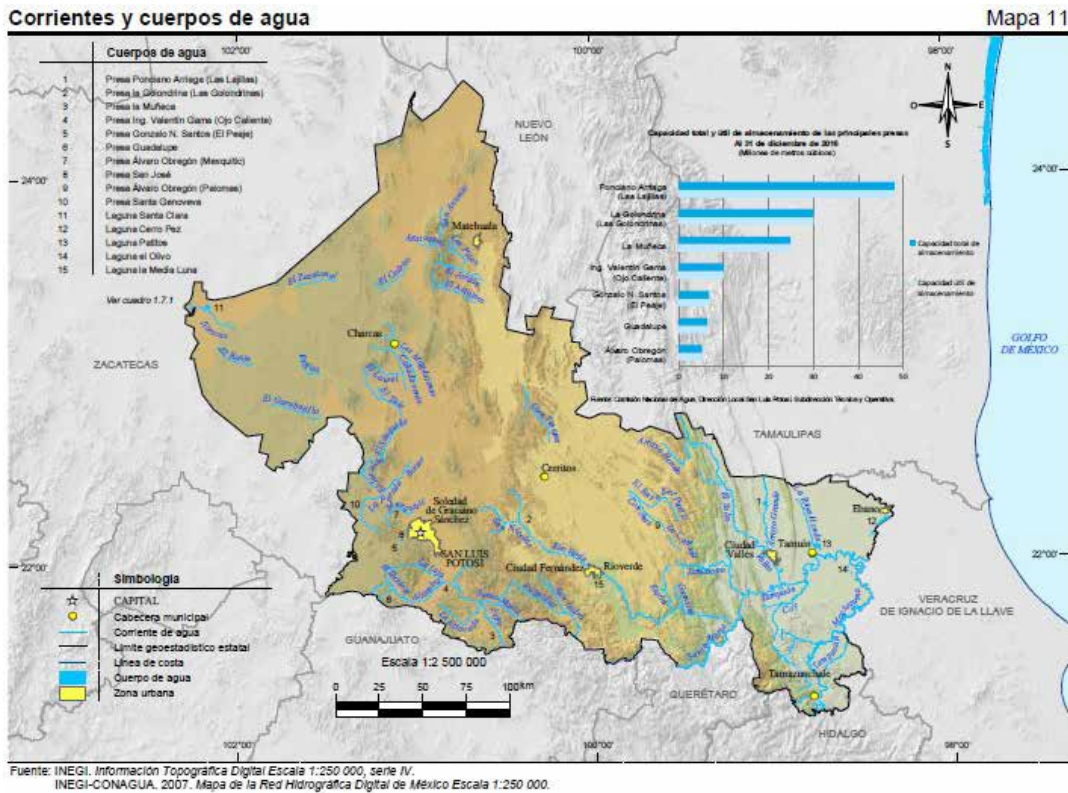


Fig. 5 Cuerpos de agua en San Luis Potosí. Fuente: INEGI, 2017.

los materiales arqueológicos. El espacio físico en este caso es donde se dan las relaciones sociales de producción o los lugares de apropiación de la naturaleza —y por ende, de las materias primas o recursos—, la disposición, los lugares de trabajo, etcétera.

Después de describir brevemente y de forma general el tipo de entorno natural en el cual pudieron estar enclavados los grupos humanos, es necesario aproximarse a las manifestaciones socioculturales presentes en la región centro-norte de México.

Esto usualmente se ha considerado por las investigaciones desde dos situaciones: el primer punto parte de la existencia de los llamados “tolteca chichimeca”, responsables de sitios chalchihuitecos, y asociados con las culturas Bolaños, Chupícuaro y Casas Grandes. Por contraparte, se han tenido otras aproximaciones regionalizando los estudios a la zona centro-occidente, comprendiendo Zacatecas, el Bajío guanajuatense, Morelos, Michoacán, Jalisco, Durango, Chihuahua y Sonora, aunque en ocasiones poco tienen que ver desde la posible filiación étnica con los grupos que se movilizaban en la región del Tunal o del altiplano.

Aunado a lo anterior, se presentan por lo regular “desalentadoras” perspectivas de las áreas en apariencia vacías o abandonadas que se encuentran en las regiones semidesérticas y áridas de San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Coahuila, etcétera. En palabras

de González (2007: 20), “habría que cuestionar la interpretación de este fenómeno —abandono— respecto a la percepción de que se trata de un espacio “vacío”, por así decirlo, por el hecho de no mostrar una sociedad occidental [o en este caso, asentamientos prehispánicos de modelo mesoamericano] asentada en el mismo”.

Otro de los posibles inconvenientes al abordar el estudio de los grupos cazadores-recolectores puede derivar del enfoque con qué entendemos los arqueólogos por un “sitio”. Por lo general se espera encontrar elementos evidentes a nivel de registro arqueológico como la arquitectura y materiales de superficie asociados; sin embargo, no es fácil la identificación de sus asentamientos sin comprender las dos necesidades básicas de esas sociedades y su relación con el espacio y los elementos asociados: abrigo y sustento. Como primer punto se debe resolver la ubicación del campamento habitacional, y en segundo lugar, hay que establecer una relación inmediata entre los espacios habitados y la distribución de los productos provenientes de la naturaleza, tanto como medio de alimento y subsistencia como de materia prima para objetos de trabajo (González, 2007: 29-30).

Durante la investigación previa y la revisión bibliográfica, uno de los problemas recurrentes encontrado parte del modelo estandarizado sobre la arqueología mexicana hacia lo mesoamericano; que en buena

medida no ayuda a entender o localizar sitios que no son compatibles con el esquema “tradicionalista” de asentamiento prehispánico. En la obra de Lorena Mirambell, Patricio Dávila y Diana Zaragoza, *Arqueología de San Luis Potosí* (1991), se deja claro que, fuera de la Huasteca y partes de Río Verde, lo demás no entra o ameritaba su inclusión, a pesar de que se menciona brevemente la región del altiplano en la introducción al volumen; así, aunque ya existían trabajos en la región del altiplano y el Gran Tunal como los expuestos anteriormente por Braniff (1975) y Rodríguez (1983), en los años setenta y ochenta —sólo por referir algunos—, por alguna cuestión éstos quizá no fueron considerados como relevantes en los estudios de la región.

Ante lo anterior, Tesch (2009) menciona que uno de los problemas de registro para los sitios de cazadores-recolectores es que los formatos de registro de sitios, monumentos o zonas de manifestaciones gráfico-rupestres no están diseñados para sitios de asentamientos seminómadas y carecen de elementos que es fundamental registrar. A partir de ello, propone una cédula de registro que entre los aspectos generales incluye el nombre y tipo de sitio, especificando el tipo de campamento, uso y posibles áreas de actividad; coordenadas UTM, nombre de la carta y fotos áreas consultadas; la información obtenida —ya sea por medio bibliográfico o por un informante— así como la verificación en campo y la descripción de los accesos; el medio ambiente, con aspectos sobre el clima, tipos de roca, tipo de terreno, tipo de suelo, flora, y fauna; la descripción del sitio conforme a sus áreas de actividad, extensión, orientación y elementos arqueológicos asociados; el grado de deterioro por tipo de uso actual del terreno, tenencia de la tierra, tipo, grado de afectación, dimensiones, causas y observaciones de la destrucción de los vestigios; otros valores del sitio; su posible cronología y, finalmente, las referencias bibliográficas y un mapa del área registrada (Tesch, 2009: 281-285).

Otra de las contrariedades en la región puede deberse a que los gobiernos, autoridades y poblaciones consideran el área como “desierta”. Esto es potencialmente evidente por las grandes obras y megaproyectos que se desarrollan en la región, producto del cercano contacto en materia de comercio y empleo con otras ciudades industrializadas como Querétaro al sur y Monterrey hacia el norte. La demanda de ampliación o construcción de nuevas carreteras, líneas de transmisión y subestaciones eléctricas, instalaciones eólicas, etcétera, ponen en riesgo la conservación de sitios debido a una potencial afectación. Por ejemplo puede mencionarse el caso del sitio “Las Moras”, ubicado en el altiplano potosino, al sur de Guadalcázar. Ese lugar resalta por sus características constructivas consistentes en plataformas circulares de piedra bola y caliza con doble o triple hilera constructiva, el cual

fue notificado por la investigadora Monika Tesch del INAH San Luis Potosí ante su inminente afectación a causa de la primera etapa del proyecto “Supercarretera Central San Luis Potosí” (Tesch, 1999: 12). Ése es un aspecto más a considerar que, si bien no es eje de este documento, sí es de importancia. Debido a la escasez en el registro e identificación de tales sitios, sobre todo en áreas relativamente poco pobladas en la actualidad, dejan a estos asentamientos en relativa vulnerabilidad de ser susceptibles al saqueo y tráfico de bienes. En relación con ello, debido a que en Estados Unidos no hay una legislación (como en México) que prohíba la llamada “búsqueda de tesoros” (Buscadores de Tesoros, s. f.), esto facilita desafortunadamente la compra-venta y posesión de elementos arqueológicos al mejor postor; y considerando que la frontera norte no presenta una gran distancia del área, no se puede descartar incluso el propio saqueo nacional, con la consecuente pérdida patrimonial de estos sitios y que en algún momento el registro sea sobre las evidencias del expolio y quebranto cultural. Diversidad de eventos y reuniones organizadas por personas dedicadas a la búsqueda de tesoros y venta de objetos “antiguos” que incitan y facilitan esta actividad ilegal en el país, se da en estados como Querétaro y Colima.

La relación entre los asentamientos del altiplano y del Gran Tunal

Para entrar en el tema del presente trabajo, es importante acotar el área de interés. La delimitación de la Mesoamérica septentrional consistió en una franja que atravesaba la Mesa Central de oriente a poniente, con dos ramales que se prolongaban hacia el norte a lo largo de las vertientes húmedas de la sierra Madre Oriental y de la Occidental. De esta manera, el área puede dividirse en tres grandes zonas: oriente, centro y occidente (Braniff, 2001: 83, citado en Zamora, 2004: 27) (figura 6).

El área de la Mesoamérica septentrional ocupa el territorio semiárido de los estados de Chihuahua, Durango, Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes, Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro y Tamaulipas. Los límites fronterizos septentrionales que resultaron de esta expansión corrían en forma paralela a los confines de la Mesoamérica del siglo XVI, aunque 250 kilómetros más al norte (Zamora, 2004: 27). En esta inmensa extensión vivieron diversidad de grupos humanos, pueblos que difieren en su tradición lingüística así como en sus características sociopolíticas, étnicas y culturales. Sin embargo, existía un eje común entre ellos, la economía, sustentada en la recolección de vegetales: nopales, mezquites, agaves, tubérculos y yucas, especies que estaban entre las preferencias alimenticias. El

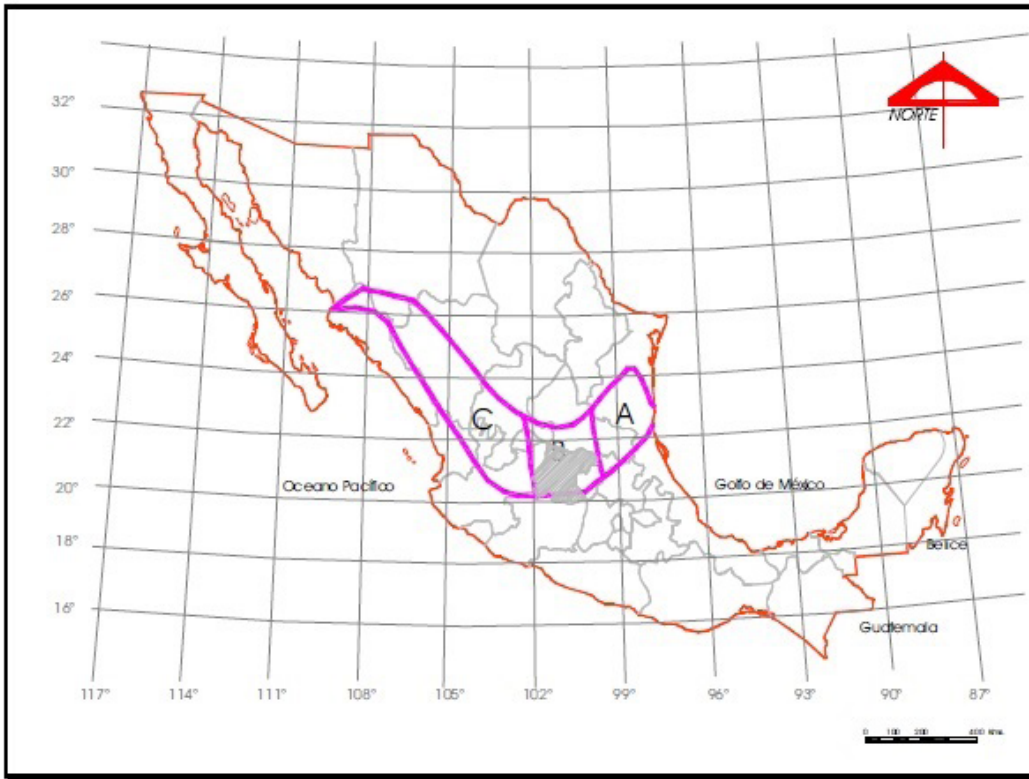


Fig. 6 Frontera máxima norcentral según, Braniff (1975), asignada con la letra "B". Fuente: tomado de Zamora (2004).

poco conocimiento sobre estos grupos hizo que desde los albores del periodo novohispano se les llamara chichimecas, nombre que desde la época prehispánica era impreciso (López y López, 1996: 38-39).

Debido a la colindancia con Mesoamérica, los cazadores-recolectores de la región septentrional establecieron múltiples relaciones de intercambio que propiciaron las recíprocas influencias culturales (figura 7).

Los flujos de intercambio llevaban de norte a sur pieles, turquesas y peyote; en sentido inverso: granos, cerámica, textiles, metales y adornos (López y López, 1996: 40). Ante esto, Braniff (2000) argumenta que: "Peoples of the Bajío and Tunal Grande were in contact with and influenced by peoples from surrounding regions, including the nomadic hunter-gatherers of the desert to the north" (Braniff, 2000: 36).

Braniff (1994: 135) argumenta que las relaciones entre los cazadores-recolectores del altiplano potosino y los asentamientos mesoamericanos pueden corroborarse a partir de la tecnología lítica de la región del Gran Tunal. Los artefactos líticos compartidos y correspondientes a esa zona consisten en objetos especiales y pequeños raspadores unifaciales de calcedonia retocados por presión como los reportados por Avellyra (1956 en Braniff, 1994) para la cueva de la Candelaria, en Coahuila, ya que las formas corresponden a elementos diagnósticos (Braniff, 1994: 135). Estos

objetos aparecen en sitios del Tunal como Cerro de Silva y Villa de Reyes, en este último está asociado junto con la cerámica desde el 100 a. C. hasta el 1200 d. C. (Braniff, 1994: 135-136).

A nivel osteológico, los cráneos reportados en Cerro de Silva corroboran a estos individuos como originarios de la región norte debido a una deformación del tipo dolicocefala (Braniff, 1994: 136). Por su parte, los restos encontrados en Villa de Reyes presentan algunas características en los cráneos que podrían indicar un tipo de mestizaje (Braniff, 1992). Por otra parte, Rodríguez (2016) deja en evidencia la alta posibilidad de contacto entre dichas regiones a partir de las relaciones de intercambio.

Por su parte, Muñoz y Castañeda (2002) analizaron los materiales líticos obtenidos del Proyecto Arqueológico Norte de Querétaro, donde a partir de la comparación de algunos elementos recuperados como material de superficie, llegaron a identificar formas de talla y objetos que fueron registrados en los trabajos previos de Michelet para la región Río Verde y Centro de San Luis (1976, 1984, 1996), así como en los resultados de Rodríguez de 1983 (2016). Esto da pie a sugerir la posibilidad no solamente de desplazamiento de los grupos cazadores-recolectores a través de la sierra Gorda, sino que de igual manera insinúa la posible interacción entre éstos y los grupos no sólo del

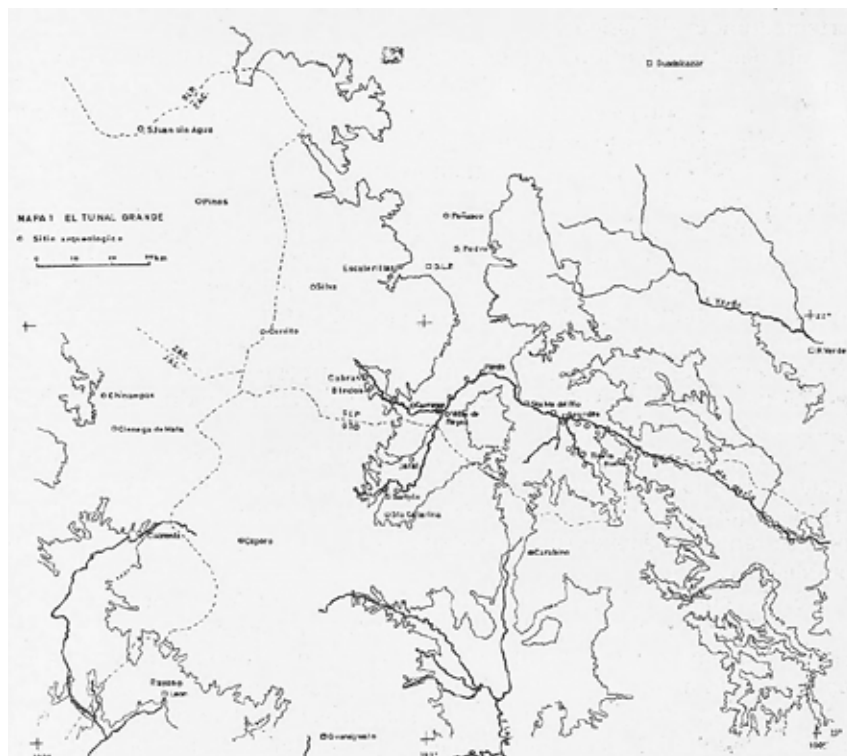


Fig. 7 Región del Gran Tunal donde se observa el patrón de dispersión de los sitios entre San Luis Potosí y Guanajuato. Fuente: tomado de Braniff (1992).

norte de Querétaro, sino de la región del Gran Tunal potosino, guanajuatense y zacatecano.

Las interrelaciones comerciales entre regiones alejadas y de diferente cultura que ocurrieron en la Mesoamérica septentrional son calificadas por Braniff (2009) como sumamente interesantes, pues son evidencia de unidades sociales poderosas que obtienen objetos y bienes de otras zonas mediante el intercambio o el comercio. No obstante, las condiciones comerciales o políticas fomentaron también la distribución de nuevos conocimientos, modas y tecnologías entre las diferentes poblaciones, como la introducción, de norte a sur, del arco, la flecha y el hacha ranurada que, si bien no son objetos de lujo, resultan importantes para la supervivencia en el territorio septentrional (Braniff, 2009: 31).

Con base en lo anterior, Braniff (2009) propone un modo de operación comercial entre el occidente, la Mesoamérica chichimeca [septentrional] y el noroeste, donde varios de los materiales referidos a continuación se distribuyeron en ambos sentidos (figura 8).

Desde los llamados sitios “prístinos” de producción se enviaban productos de origen marino como pescado, conchas, caracoles y sal. Productos agrícolas (maíz, frijol, algodón); productos artesanales (cerámica, tejidos y diversos objetos de parafernalia); materias primas y/o terminadas (lítica, turquesa, sílex, cobre); productos de caza (pieles, animales, aves) y productos de recolección (plantas medicinales, granos, semillas)

(Braniff, 2009: 32). Por su parte, los sitios de segunda categoría funcionaron como puntos de recepción, intercambio o comercio de uno o varios de los materiales obtenidos en los lugares de producción. Los sitios de segundo orden pueden funcionar como intermediarios o “aduanas” entre las zonas de producción y otros asentamientos de similar o mayor categoría (Braniff, 2009: 32). Y finalmente, los sitios grandes como pueblos o ciudades de primera categoría, además de los materiales básicos provenientes de sitios de producción, requieren de materiales exóticos, lujo o prestigio, que se obtienen con base en el comercio, la colonización o tributación. Estos sitios pueden comerciar con otros similares, tanto dentro de su región cultural como fuera de ella, donde los materiales de lujo, exóticos y de prestigio pueden funcionar a manera de íconos comerciales. Un ejemplo que propone Braniff es el caso de Paquimé, que comerció productos del occidente con otros del noreste de Estados Unidos (Braniff, 2009: 32).

Si bien en la imagen (figura 8) retomada de Braniff (2009) se ejemplifican las redes de comercio, distribución e intercambio de bienes para el Posclásico, es evidente un aparente vacío de tales actividades en la zona norcentral de la Mesoamérica septentrional, donde la región de San Luis y Coahuila pareciese no haber funcionado dentro de esas redes. Sin embargo, habría que retomar las observaciones ya hechas con anterioridad por Rodríguez (2016) en cuanto a la lítica entre

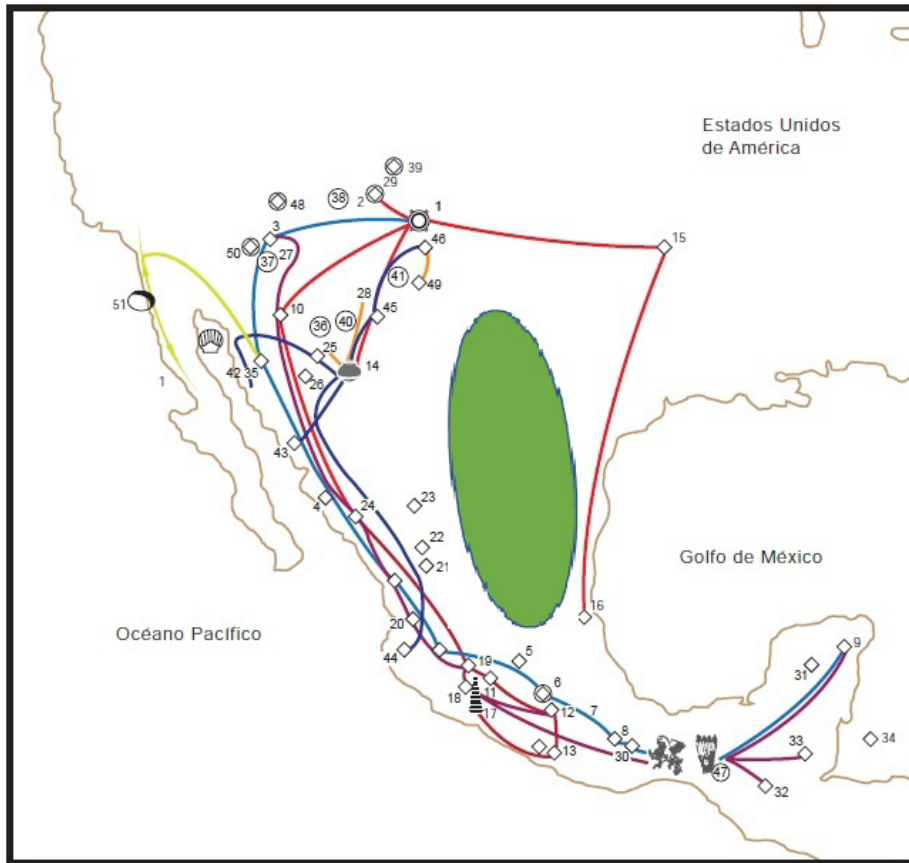


Fig. 8 Conexiones comerciales para el Posclásico según Braniff (2001). Nótese que la región del centro-norte aparece vacía, denotando una ausencia en las rutas de comercio. Fuente: Braniff (2001), con modificación de Geiser G. Martín Medina.

estas dos áreas y las propuestas de Muñoz y Castañeda (2002) sobre el paso natural entre esa macrorregión fronteriza y la Mesoamérica del altiplano central por la vía de la sierra Gorda.

Durante los últimos siglos antes de la llegada de los españoles, entre cazadores-recolectores y sedentarios se observan interacciones (Tesch, 2008: 118). En las regiones nororientales del país (área que ocupa el actual estado de San Luis Potosí) se han documentado evidencias que sugieren otro tipo de relaciones vinculadas con el beneficio mutuo y la cooperación de diversas sociedades. Por ejemplo, en el área de Alaquines (región media potosina) se parte de la inferencia de que se hubiese dado una coexistencia pacífica entre nómadas, seminómadas, semisedentarios y sedentarios dentro de esta área de contactos múltiples (Tesch, 1993: 455; Tesch, 2000: 552). La anterior referencia nos proporciona indicios sobre una región fronteriza en la cual confluyen dos modos de vida, los agricultores sedentarios y los nómadas cazadores-recolectores. Esto no implica que tengan que darse contradicciones que fomenten una atmósfera de violencia, sino que la interacción entre distintos grupos humanos comprende

diversas dimensiones y escalas, como el comercio e intercambio ideológico (Macías, 2006: 57).

Arqueología, paisaje y territorio

Primero es importante señalar que el medio ambiente y la conformación de los territorios han sufrido y seguirán sufriendo modificaciones tanto sutiles como de relevancia, ya sea a nivel de orografía, fuentes hidrológicas, modificación de especies vegetales y animales. Inclusive es lógico pensar que las condiciones de carácter antrópico no siempre han sido las mismas. Es posible que durante el establecimiento de los primeros asentamientos humanos en la región y durante un largo periodo hasta entrada la época de la Colonia, el acceso, la adaptación y la explotación de los recursos en el área, así como la paulatina modificación del entorno, pudieran haber generado el éxito o fracaso del establecimiento de comunidades. Si partimos directamente del paisaje actual para “afirmar” el éxito o fracaso de los grupos humanos en el pasado se estaría cayendo en un error; sin embargo, es posible plantear algunas aproximaciones de forma general y que podrían ser

extrapolables a largo plazo teniendo otros elementos de análisis como los paleobotánicos, geológicos, de sedimentos, etcétera.

Ahora bien, las evidencias presentadas anteriormente relacionadas con el comercio y contacto de los grupos humanos en las regiones de altiplano y el Gran Tunal se dan desde los orígenes de la humanidad. Esto se debe a que existe una fundamental relación entre el hombre y la naturaleza, la cual se establece entre la sociedad y el ambiente, en el cual se está inmerso, y permea en las actividades productivas y simbólicas. Lo anterior se debe a la concordancia entre los recursos disponibles y el rol que éstos representan en todos los aspectos y a distintas escalas de la sociedad (Godínez, 2017: 8). Por ello, uno de los aspectos a considerar en el estudio de las culturas pasadas además de la cultura material, es el espacio bajo el cual estuvieron circunscritos. Mexicas, mayas, zapotecos, huastecos y demás culturas, incluidos los grupos cazadores-recolectores, aprovecharon la naturaleza como el espacio y medio que pudo proveer el entorno necesario para las diversas actividades de subsistencia, ya sea por medio de la recolección y la cacería o la siembra y la domesticación. El ambiente siempre fue y seguirá siendo un factor determinante para la vida humana. Es aquí donde el paisaje natural es apropiado como espacio habitable y el constructo social lo resignifica, convirtiéndolo en un paisaje cultural.

El paisaje es un aspecto de importancia para entender los grupos del pasado, siendo éste el espacio donde se desarrollaron las actividades de grupo, la vida privada, las actividades domésticas, religiosas, etcétera; por lo que el paisaje se encuentra inmerso dentro de la cultura y las acciones de estos grupos en el pasado. Por este motivo no debe ser visto solamente como un conjunto de recursos aprovechados por la comunidad, sino que debe abordarse desde los sistemas de pensamiento, formaciones económico-sociales y paisaje; los cuales derivan en una posibilidad de explicar patrones de asentamiento humano y de obtención de recursos. Por ende, el paisaje no sólo debe ser entendido desde su aspecto de “ambiente natural” o como proveedor de recursos, sino que también contiene y sintetiza los sistemas culturales y las interacciones que desarrollan los pueblos con sus entornos físicos (Anschuetz *et al.*, 2001: 160, y Criado, 1991: 5, citados en Sánchez, 2011: 52, 60). Un ejemplo común es la manera como las culturas confieren significación a elementos físicos sobresalientes del paisaje como los volcanes, cuerpos de agua o cuevas, siendo estos elementos el origen de sitios sagrados (Taçon, 1999, citado en Sánchez, 2011: 53). El dominio de un paisaje representa, bajo un esquema de acción, dejar marcas en los contextos, ya sea dentro de un sitio o entre ellos; por ello lo observable de la cultura material y los espacios son muestra de las

interrelaciones entre los diversos asentamientos y la distribución natural de los recursos (Anschuetz *et al.*, 2001: 161, citado en Sánchez, 2011: 53).

La arqueología enfocada al paisaje permite observar regularidades espaciales, pues la distribución de los asentamientos en el entorno refleja algunas reglas básicas de tenencia de la tierra (Earle, 2000: 50, citado en Sánchez, 2011: 53), por lo que debe considerarse como una problemática a estudiar. No basta con la localización de un sitio, sino que hay que ahondar en los procesos de apropiación de ese lugar para una sociedad determinada. En palabras de Macías, la *arqueología del paisaje* es una estrategia que comprende el estudio de procesos sociales e históricos en su dimensión espacial, y que pretende interpretar los paisajes arqueológicos a partir de los objetos (Macías, 2009: 258). Una de las características de la arqueología del paisaje es que las sociedades no son agentes pasivos inmersos en un ambiente o espacio ya dado, sino que más bien, es un escenario sobre el que se efectuaron distintas dinámicas sociales en el pasado (Ashmore y Knapp, 1999, en Macías, 2009: 259).

Para Anschuetz (2001), el paisaje no es sinónimo de ambiente natural, sino de sistemas culturales que estructuran las interacciones de la gente con su ambiente. En sutiles palabras, los paisajes son procesos culturales y construcciones dinámicas (Anschuetz *et al.*, 2001: 160-161, citado en Macías, 2009: 260). Por lo anterior, para considerar a un paisaje como contexto, se parte de tres aspectos: la concepción del espacio, la del tiempo utilizado y la manifestación arqueológica de la acción social (Darvill, 1999: 108, citado en Macías, 2009: 261), es decir, la cultura material. Debido a ello, la construcción de los componentes del paisaje de cada comunidad genera atributos a su propio mapa cognitivo sobre el mundo con un significado coherente. Es así como la sociedad, el entorno y su cosmovisión están estrechamente vinculados (Anschuetz *et al.*, 2001: 161, y Criado, 1991: 7, citados en Sánchez, 2011: 53-54), ya que, en palabras de Lynch, “un escenario físico, vívido e integrado [...] desempeña asimismo una función social [...] y los recuerdos colectivos de comunicación del grupo” (Lynch, 1984: 13).

Para Criado (1991), la subsistencia de las sociedades y sus “actitudes frente a la naturaleza” son de índole pasiva, participativa y activa (Sánchez, 2011: 61). La característica pasiva corresponde a las sociedades que practican la caza de tipo aleatorio y que como forma de subsistencia no alteró el entorno. La actitud participativa pertenecería a sociedades de cazadores-recolectores y las primeras sociedades agrícolas, ya que tienen modelos de subsistencia, asentamiento y territorialidad definidas. La actitud activa caracteriza a los grupos agrícolas o domesticadores. El empuje de cambio es la organización social y la producción

de alimentos (Criado, 1991: 20, citado en Sánchez, 2011: 61).

Por su parte, el concepto de *territorialidad* compaginado con el de paisaje natural o cultural puede complementar aún más la comprensión y relación hombre-espacio. Se podría definir que el territorio es el espacio donde se construyen las identidades culturales, a partir de referentes históricos y cotidianos, donde un grupo humano comparte representaciones, prácticas y expresiones dentro del contexto de la acción y las relaciones humanas (Moreno, 2016: 29). Giménez (1999, citado en Moreno, 2016: 29) lo refiere como la pertenencia socioterritorial que integra los simbolismos característicos de una comunidad. Es aquí donde los individuos deberán socializar e interiorizar progresivamente una serie de elementos simbólicos de pertenencia y significación [un sitio, espacio, área o región determinada] (Giménez, 1999, citado en Moreno 2016: 29-30). Es decir, que el territorio es el “resultado de la apropiación del espacio en diferentes escalas [simbólicas y prácticas] por los miembros de un grupo o una sociedad” (Giménez y Héau, 2008: 66).

El paisaje, como se ha referido con anterioridad, se entiende como un entorno construido donde se delimitan las variables sociopolíticas, la unidad doméstica, las aldeas, poblados o ciudades, hasta el territorio. Este último entendido como el resultado espacial, en el cual se ejerce el poder político que define, delimita y demarca lo propio de lo ajeno, lo público de lo privado, y que sirve de escenario para las relaciones sociales (Pérez y Herrera, 2008: 109). Luego entonces, el territorio se puede apreciar a través de rasgos culturales, como las formas de comportamiento, el vestido, el ritual, el lenguaje, etcétera (y en caso de nuestra fuente de estudio, la cultura material que fue producto de estos comportamientos); es decir, un conjunto de rasgos que ayudan a caracterizar una cultura y sus formas materiales (Giménez, 1999, citado en Moreno, 2016: 28-29).

De acuerdo con Moreno, el territorio participa en la construcción de un espacio conformado por sus ocupantes, que a partir de agentes, como pueden ser los políticos y económicos, inciden en la conservación o transformación de las prácticas, representaciones e identidades de los mismos grupos (Moreno, 2016: 22). En tal sentido, el territorio es entendido como el espacio sobre el cual la cultura deja evidencias de quien o quienes lo habitan (Moreno, 2016: 28). Ese tipo de constructo desde una perspectiva sociocultural ayuda a comprender e integrar la idea de paisaje y territorio como el establecimiento de los grupos humanos en áreas determinadas, así como su vinculación con sitios o grupos de filiación similar o con intereses en común. Por ejemplo, los nexos posibles descritos por Braniff (1975, 1992) y Rodríguez (2016)

no sólo demuestran las posibles vías materializadas del contacto entre estos grupos, sino que deja pie a la interpretación del intercambio de conocimientos, representaciones culturales, adecuación del espacio habitable, entre otros aspectos inherentes de la condición humana relacionado al entorno.

Giménez retoma a Cribb (2004) y da una aproximación sobre los cazadores-recolectores y de su relación con el territorio, donde estos grupos humanos disponen sus movimientos en sentido de la adquisición y consumo de alimentos, es decir, la subsistencia. Esto en el entendido de que tienden a desplazarse hacia lugares donde existe la disponibilidad de recursos para su consumo y en una constante hacia la “estrategia de adquisición”, que se refleja al explorar una diversidad de lugares y recursos. Lo anterior siempre relacionado con sus actividades de obtención y consumo de alimentos que, a su vez, están ligados a una tendencia de consumir en el lugar de la obtención o cerca de él y sin preocupación por el almacenamiento de excedentes (Giménez y Héau, 2008: 69).

Las aproximaciones y planteamientos ya desarrollados por Tesch (2008) para la región de Alaquines-Obregón son factibles de adecuar a la región del altiplano y el Gran Tunal. Los recorridos de áreas o secciones definidas en zonas de posibles asentamientos sería el resultado de un análisis detallado de las condiciones del terreno, flora, fauna, fuentes acuíferas y todo elemento que en su conformación de paisaje habitable pudo ser determinante para el asentamiento humano. Los estudios de paisaje y territorialidad en la arqueología de la región es de notoria importancia, ya que el paisaje “natural” no puede disociarse del culturalmente apropiado por los grupos humanos del pasado, así como hoy en día un potosino, lagunero o regio no puede disociarse de su entorno apropiado. El paisaje es un elemento cultural de apropiación clave en los humanos que funciona en algunos casos como marcador y referencia del horizonte; como por ejemplo, cuando se es capaz de determinar el grado de humedad en el aire y a partir de ahí se puede medir la proximidad de lluvias o secas o la cercanía o lejanía de especies animales.

Una aproximación al paisaje de la región del altiplano potosino y Gran Tunal

Con base en lo descrito con anterioridad, así como a partir de los antecedentes de las regiones y las posturas de algunos investigadores acerca de este tipo de asentamientos, podemos llegar a entablar algunas relaciones y comparaciones entre ellos. De acuerdo con la propuesta de González (2010) y en contraste con las ya mencionadas por Rodríguez (2016) y Tesch (2008) es posible aglutinar ideas de la siguiente manera.

En el caso de las regiones del Gran Tunal y del altiplano, tanto los sitios habitacionales al aire libre como los campamentos habitacionales que pueden ser del tipo “aire libre” o “bajo techo”, aparentemente corresponden con los descritos por Rodríguez (2016) para el periodo Venadito (1000 a. C.-200 d. C.). En la fase Venadito I (1000-100 a. C.), los sitios se caracterizan por vestigios en cuevas, abrigos rocosos y campamentos al aire libre con presencia de materiales líticos como las puntas de proyectil con espiga, los cuales formaron parte del medio básico de subsistencia, que fue la caza de pequeños animales y la recolección de granos, frutos y raíces. Para la fase Venadito II (100 a. C. al 200 d. C.), siguen con el patrón anterior, pero aparece evidencia de contacto agrícola. Los sitios habitacionales son escasos y el material lítico empieza a presentar variaciones, con lo que aparecen las primeras navajillas de obsidiana (Rodríguez, 2016: 43). En este tipo de asentamiento, si bien ya se manifiestan cambios a nivel de tecnología lítica, es posible que durante las fases Huerta (200-1200 d. C.) y Tunal Grande (1200-1800 d. C.) se hayan presentado los mismos patrones en cuanto a las áreas de habitabilidad. La posible presencia de cerámica en ese tipos de asentamientos también concuerda con los sitios registrados para el caso de Zacatecas (Ramírez, 2010).

De igual manera que los sitios habitacionales al aire libre y los campamentos habitacionales al aire libre o bajo techo, los campamentos de paso, ya sea para la pernocta o al aire libre, estuvieron de alguna manera relacionados —posiblemente en distancia no tan lejana unos de otros— y son bien documentados para la zona media potosina dentro del Proyecto Arqueológico Alaquines-Obregón; esa región se caracteriza por campamentos mayores en afloramientos basálticos y relacionados a campamentos menores y campamentos de paso de cazadores-recolectores, determinados por sus pequeñas dimensiones en áreas de planicie o por ser lugares de descanso corto. Éstos, a su vez, están relacionados con las denominadas estaciones de trabajo al aire libre, ya que en esa misma región se identificó un par de yacimientos de sílex que funcionaron como lugar de abastecimiento de materia prima para la elaboración de artefactos (Tesch, 2005: 103-104; Tesch, 2008: 119) (figura 9). También vale la pena recordar otro posible sitio de estación de trabajo, ya que San Luis Potosí cuenta con un yacimiento de obsidiana en el cerro del Sombrero (Cruz, 1994: 28), y es posible que haya sitios de campamentos en sus cercanías aún no identificados.

González (2010) resalta la posibilidad de encontrar restos de bajareque en el caso de los sitios habitacionales al aire libre. Considero que esta opción es aplicable también a los campamentos habitacionales, ya sean al aire libre o los campamentos de paso o al aire

libre porque, con base en los datos tanto de la región media trabajada por Tesch (2008) como la información presentada por Rodríguez (2016), puede observarse que coinciden en que “levantaban cabañas en zonas de recolección”, y la característica común de éstas era su construcción con vegetación y ramas locales.¹ En este mismo sentido, Cabeza de Vaca identifica este tipo de casa denotando que, al amarrarlas a forma de petate, eran fáciles de desmontar y trasladar a otro territorio cuando se desplazaban en busca de sustento (Rodríguez, 2016: 145). Por su parte las cuevas y abrigos rocosos han presentado menos cantidad de restos materiales, además de haber cuevas sin rastro de que hayan pasado por ese lugar, por lo tanto, se considera que fueron de uso esporádico (Rodríguez, 2016: 146), o quizá únicamente con fines de representaciones gráficas o rituales.

A propósito de los medios de subsistencia, en la región del Tunal las fuentes de agua en su mayoría son de temporal. Rodríguez considera que es factible su transporte hacia los campamentos así como el traslado de alimentos. Para ello, se piensa que en época de lluvia sembraban semillas de coluquintida, cuyos frutos hasta la actualidad son empleados como receptáculo de líquidos; eso se sabe debido a los pocos elementos encontrados con marcas asociadas al uso de raederas. Por ello se considera que posiblemente no fuera prioritario asentarse junto a los cuerpos de agua sino más bien en las áreas que pudieran proveer alimentos (Rodríguez, 2016: 146-147). Por detalles como los presentados es que el conocimiento del entorno, paisaje y territorio fue de fundamental importancia para su habitabilidad. Tal es el grado de comprensión del entorno, que inclusive se podría pensar en el Gran Tunal y el altiplano como un gran sitio macrorregional para el hábitat de esos grupos. Partiendo de que ellos cambian de campamento según las necesidades, es posible pensar en el abandono “momentáneo” de herramientas; en ese sentido, los campamentos abiertos hallados con grandes concentraciones de lítica —sin que necesariamente hayan funcionado como espacio habitable— podrían corresponder a una práctica común del ser humano: el desecho provisional.

De acuerdo con autores como Hayden y Cannon (1983: 117-163), Deal (1985) y Schiffer (1987) postulan que los desechos —en este caso los de talla— no necesariamente son “basura”, sino que podrían corresponder a otro tipo de uso llamado “desecho provisional” o desecho *de facto*, el cual corresponde a objetos que son susceptibles de ser reaprovechados, reutilizados o reparados. En ese sentido, en la literatura clásica

1 Descripción de Alonso de León cuando trata el tema del modo de vida de los chichimecas del Gran Tunal (citado en Percherón, 1982 y retomado por Rodríguez, 2016: 145).



Fig. 9 Ejemplo de la industria lítica de la región de estudio localizada en el Museo Regional Potosino. Fotografía: Geiser G. Martín Medina.

arqueológica se ha documentado en diversos contextos mesoamericanos la reutilización o “retoques” en objetos y herramientas después de haber sufrido fracturas o desgaste por uso. Siguiendo la línea de un posible “reciclaje”, tal desecho *de facto* lo componen todos aquellos objetos que todavía poseen una posible utilidad y que han sido dejados tras el abandono “provisional”. Usualmente se encuentran en superficie o “a nivel de suelo”, precisamente bajo una idea o concepto de que representan por sí mismos elementos que se hallan en un estado provisional de descarte y que en un momento próximo, más no inmediato, son susceptibles de reúso o retoque.

En cuanto a las áreas de ritual y ceremoniales, existen sitios en abrigos rocosos como los reportados en los límites del Gran Tunal para el caso de Zacatecas por Rodríguez (1985) y Ramírez (2010); el sitio Mimbres, reportado por Valencia (2005), así como Cueva Ávalos, descrito por Aparicio (2003a, 2003b, y 2003c) y Ramírez (2010); los registrados al norponiente de Querétaro y oriente de Guanajuato, o los descritos por Viramontes (2005). Otro ejemplo es El Cerrito, descrito por Meade (1947 y 1948), Ramírez (2010), De la Maza (1991), Cabrera (1958 y 1968) y Braniff (1975 y 1992), entre otros. Todos estos podrían, en conjunto con los elementos materiales asociados, dar un mejor entendimiento a esos espacios. Salvo el caso de Cerro de Silva, San Luis Potosí, donde se localizaron dos contextos con individuos de los cuales uno fue localizado dentro de un abrigo rocoso en posición flexionada y con

cerámica asociada en superficie del tipo Valle San Luis (Lessage, 1966, en Braniff, 1975: 90), es prácticamente nulo su reporte como áreas funerarias. Por su parte, como espacios de manifestaciones gráfico-rupestres están bien documentados. En ambos casos valdría la pena seguir explorando lugares a manera de encontrar las posibles conexiones con los tipos de campamentos anteriormente explicados (figura 10).

Un posible ejemplo que valdría la pena considerar como contraste de análisis se da en la cultura huichola. Dentro de ellos, se presenta un proceso simbólico y ritual aún presente en la actualidad y que ofrece un claro ejemplo de la importancia del paisaje y el territorio que se da entre los huicholes² o wixaritari; para ellos, junto con la geografía física del paisaje existe una geografía sagrada compuesta por rutas de paisajes simbólicos y rituales que se ubican y refuerzan a partir de acontecimientos relevantes en la memoria cultural, por lo cual los “accidentes” del terreno pueden ser entendidos e interpretados como

² La geografía y en este caso la toponimia sagrada son elementos clave de la cultura, ya que el territorio que recorrían desde antes de la conquista como cazadores-recolectores no tenía límites definidos, lo que permitía abarcar una extensa región, tal y como manifiesta hasta hoy en día el recorrido de los huicholes desde la región del Gran Nayar en el actual Nayarit hasta la zona del altiplano potosino, en la región de Real de Catorce, San Luis Potosí, que es mejor conocido en su memoria histórica como wirikuta, concretando así un viaje por un territorio “sagrado” de más de 400 kilómetros para llegar al lugar que reconocen como la tierra sagrada de sus ancestros, de donde salieron hacia el Nayar para establecerse como agricultores (Iturrioz y Ramírez, 2015: 197, 198).



Fig. 10 Sitios que Zapata (2013) menciona para el altiplano potosino con presencia de restos líticos asociados a la presencia de guachichiles.

significantes de historia escritas en ellos (Iturrioz y Ramírez, 2015: 193).

A partir de la revisión hacia las aproximaciones de paisaje y territorio y de las generalidades en los asentamientos de la región, así como con base en los planteamientos de investigaciones previas que fueron contrastados, el estudio de los grupos cazadores-recolectores, semisedentarios y sedentarios en las regiones del Gran Tunal y el altiplano deberían ser abordados en conjunto con su entorno tanto inmediato como regional. Lo anterior permitirá no sólo entender los mecanismos bajo los cuales “escogieron” sus áreas habitables, sino que brindará la oportunidad de ahondar en su tipo y procesos de alimentación, los motivos y circunstancias por las cuales se desplazaban de un lugar a otro y cuáles eran las características que debían cumplir las fuentes de materias primas de sílex o riolita. Además, se tendría una oportunidad para comparar los tipos de asentamientos a partir de sus características en cuanto a extensión, materiales asociados y características del entorno. De igual manera, analizar la distancia entre fuentes de agua y las áreas posibles de obtención de recursos asociadas a los campamentos

podría servir como dato de referencia para la posible ubicación de otros sitios bajo condiciones similares.

La presencia de metates, morteros y manos no sólo haría referencia a un lugar que tuvo funciones relacionadas con la alimentación, sino que podría proporcionar datos a través de muestras químicas sobre los tipos de plantas que se procesaban y si éstas eran para consumo, uso medicinal o inclusive algún uso ritual. Además, conocer las plantas empleadas permite saber sus condiciones de crecimiento, a manera de ubicar geográfica y fisionómicamente sus áreas de probable extracción y temporadas de abundancia; teniendo una ruta tentativa de desplazamiento de los grupos humanos en la búsqueda de dichas especies.

Todas esas aproximaciones parten del estudio del paisaje y los asentamientos en su conjunto como forma de entender las ocupaciones humanas de las regiones del Gran Tunal y del altiplano potosino en el pasado. De igual manera, este tipo de estudio puede ayudar a contrastar datos entre ambas regiones y corroborar el tipo de relación entre los grupos que las habitaron, ya que, si bien a nivel de materiales existe una aproximación de su contacto, la dieta, por ejemplo,

sería otro indicador que ayudaría a ahondar en el conocimiento del sustento y el posible intercambio de productos o formas de preparación.

Consideraciones finales

El presente trabajo surge a partir de una revisión general sobre la arqueología de la región, por lo cual no pretende acuñar nuevas terminologías o definiciones para áreas o regiones que hasta hoy ningún investigador ha puntualizado; sin embargo, sí se aspira en proponer un enfoque diferente a los estudios de la zona a partir del paisaje y la territorialidad.

Con base en la revisión en torno a las investigaciones previas en el altiplano potosino y el Gran Tunal, se ha observado la importancia de ahondar en los estudios arqueológicos en la región. Desde los primeros trabajos en la región entre las décadas de 1940, 1950 y 1960 hasta nuestros días, se han obtenido avances en las investigaciones regionales de importancia; sin embargo, quizá poco se ha profundizado al respecto. Entender estas dos regiones por separado y en interrelación es de importancia para comprender los modos de vida de los grupos humanos que las ocuparon; pero pretender hacerlo sin considerar o hacer una revisión a los alrededores es ignorar las semejanzas e investigaciones que mucho podrían aportar para entender la región centro-norte en su conjunto.

El Gran Tunal potosino tiene las similitudes ya expuestas con asentamientos de la parte norte de Guanajuato y el sureste de Zacatecas. La distribución en relación con las formaciones rocosas y las laderas de las mesetas, la ocupación de algunas secciones de los valles asociados a los relieves de la región, la cercanía a fuentes hidrológicas, el aprovechamiento de recursos naturales, entre otros rasgos, son compartidos entre los grupos humanos del área. Si bien es posible que no sea el mismo grupo, sí hablamos de grupos con visiones e ideologías similares, y en este caso, al igual que muchos pueblos mesoamericanos, la cosmovisión compartida fue una forma de esquema para sus modos de vida.

En estas mismas regiones, así como en Durango, en el sur de Coahuila y la parte media potosina, los cazadores-recolectores convivieron de forma directa o indirecta, así como de forma temporal o atemporal con los grupos semisedentarios y sedentarios de la región del Gran Tunal y de otras regiones de la Mesoamérica septentrional, incluso de la Mesoamérica "tradicional". La ocupación de estos mismos espacios en las cercanías de fuentes de agua, alimentos, abrigos rocosos, etcétera, fueron determinantes para las necesidades básicas de esos grupos. Las evidencias de contacto son claras, sobre todo para la región media potosina; sin embargo, al igual que los grupos sedentarios coexistentes en el Gran Tunal, aunque es posible que no

hablemos del mismo grupo de cazadores-recolectores en toda esta macroárea, sí podemos referirnos a grupos posiblemente emparentados o por lo menos cosmogónicamente ligados en usos y costumbres.

Una vez que se tenga una aproximación a los análisis paisajísticos, los recorridos de transeptos definidos y la posibilidad de complementar con vuelos de dron y fotografía aérea, se podrán establecer rangos y perspectivas de los asentamientos que pueden traducirse en posibles parámetros de comparación en la región. Además de ello, el paisaje como contenedor y proveedor de una gran cantidad de elementos vegetales comestibles o medicinales permite la comparación de muestras con las que son recuperables de los elementos arqueológicos y de los posibles sedimentos. Esto nos brindará aproximaciones a los tipos de dieta y modos de alimentación que, contrastados con las fuentes históricas, nos ayudará no sólo saber qué comían, sino que a partir del ciclo de cada especie animal o vegetal sería posible aproximarnos a probables épocas de desplazamiento en la búsqueda de una u otra especie tanto por los grupos humanos como por la misma fauna.

Las anteriores son sólo algunas propuestas que podrían implementarse en la región para ampliar las líneas de examen, además de los ya existentes trabajos arqueológicos que provienen de rescates o de investigación derivada de dictámenes, peritajes y salvamentos, que en gran medida nos permiten alcanzar una gran aproximación al modo de vida de las sociedades del pasado; sin embargo, son pocos los proyectos que logran tener continuidad, ya sea por la falta de recursos, capital humano y, en peores circunstancias, porque éstos son desmantelados para una obra debido a que los objetivos del momento se han concluido. Tal y como manifiesta Ramón (2010), en ocasiones los proyectos de salvamento y rescate generan tal cantidad de materiales, que temporada tras temporada se van "embodegando" en espera de un estudio más serio y formal que dé resultados complementarios a las fases preliminares de campo. Trabajar y analizar detenidamente esos materiales y promover su investigación es otra forma de entender el modo de vida de los grupos del pasado y aportar una fracción de información sobre ese patrimonio que se ha visto olvidado.

Los recorridos, mapeos, prospecciones y registros de todo tipo de asentamientos y elementos patrimoniales en la región son la primera forma de investigación, registro y rescate con que cuenta el patrimonio arqueológico, que pasa de su fase de abandono o potencial afectación a una cédula de identificación y registro, y depende del investigador o de las instituciones no dejarlo nuevamente en el olvido. Un acertado registro es fundamental para asentar el estado de conservación de los monumentos y elementos patrimoniales que son

de importancia para plantear estrategias de investigación y, si es el caso, de conservación preventiva o emergencia. La complementación de bases de datos, así como su constante actualización y contrastación con otros estudios de la zona y de los estados vecinos, podrá enriquecer la información y el conocimiento de los vestigios culturales localizados no sólo en el Gran Tunal o en la región del altiplano, sino en general de las poblaciones humanas, sus dinámicas y manifestaciones culturales localizadas en el estado y en esta gran área considerada Mesoamérica septentrional.

A futuro, otras vías de investigación que relacionan el paisaje y las manifestaciones gráfico-rupestres pueden partir de los estudios de cosmovisión e identidad. Propuestas como las de Iwaniszewski, Broda y Montero³ para el centro de México respecto del culto a los cerros y las llamadas “montañas sagradas”, podrían aportar una base teórico-metodológica para el entendimiento de esas representaciones gráficas en relación con el territorio y su apropiación cultural. De igual manera, teorías como la *agencia* que son abordadas por Joyce y Clark,⁴ entre otros, e inclusive la corriente enfocada desde el *personhood*,⁵ la cual ha sido poco abordada en la arqueología mexicana, sin duda pueden aportar otras líneas de investigación futuras en la zona. Lo anterior es sólo una aproximación al estudio de la región y de cómo las poblaciones circundantes a posibles sitios de intereses arqueológico, no se sigan considerando como un vacío cultural o se continúe menospreciando la arqueología del norte por su aparente “pobreza”.

Bibliografía

Anschuetz, Kurt, Wilshusen, Richard, y Scheick, Cherie

2001 An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions. *Journal of Archaeological Research*, 9 (2): 157-211.

Aparicio Cruz, Isidro

2003a Los asentamientos prehispánicos del municipio de Pinos, Zacatecas. *Gaceta Amalgama*, 9 (96).

³ Diversos trabajos relacionados con la cosmovisión y religión mesoamericana presente en poblaciones contemporáneas y contrastadas con elementos arqueológicos han sido presentados por varios autores. Ejemplos claros e interesantes se encuentran plasmados en Loera y Cabrera (2011); Broda, Iwaniszewski y Montero (2001), y Broda y Báez-Jorge (2001), por mencionar algunos.

⁴ Trabajos publicados en la obra *Agency in Archaeology* (2000) editado por Marcia-Anne Dobres y John Robb.

⁵ El *personhood* ha sido aplicado a casos de aldeas mesolíticas en Europa, en específico en la relación de entierros y los artefactos. Esto fue presentado por Chris Flower en la obra *The Archaeology of Personhood. An Anthropological Approach* (2004).

2003b Apuntes para la arqueología de la sierra de Morenos (en el contexto del Tunal Grande). Ponencia presentada en el *Segundo Foro Para la Historia de Pinos*. México, H. Ayuntamiento de Pinos 2001-2004, El Centro Cultural “Mtro. Ricardo Acosta Gómez”, Unidad Académica Antropología, Universidad Autónoma de Zacatecas.

2003c Los asentamientos prehispánicos en la sub-provincia de los Llanos de Ojuelos-Aguascalientes. Ponencia presentada en el Segundo Congreso de lo Chichimeca. México, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Ashmore, Wendy, y Knapp, Bernard

1999 *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*. Malden, Blackwell Publishing.

Braniff, Beatriz

1975 *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P. Un sitio en la frontera norte de Mesoamérica*. México, Dirección de Estudios Regionales-Centro Regional del Noroeste-INAH (Cuadernos de los centros, 17).

1992 *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*. México, INAH (Científica, 264).

1994 La frontera septentrional de Mesoamérica. En L. Manzanilla y L. López Luján (eds.), *Historia antigua de México, Vol. 1 El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico* (pp. 113-143). México, INAH / UNAM / Miguel Ángel Porrúa.

2001 *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas*. México, Conaculta / Jaca Book.

2000 Comercio e interrelaciones entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca. En J. Long Towell y A. Attolini Lecón (eds.), *Camino y mercados de México* (pp. 27-50). México, INAH / IIH-UNAM (Historia General, 23).

2000 A Summary of the Archaeology of North-Central Mesoamerica: Guanajuato, Querétaro, and San Luis Potosí. En M. S. Foster y S. Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico* (pp. 35-42). Salt Lake City, The University of Utah Press.

Broda, Johanna, Iwaniszewski, Stanislaw, y Montero, Arturo (coords.)

2001 *La montaña en el paisaje ritual*. México, IIH-UNAM / Conaculta-INAH / ICESH-UAP.

Broda, Johanna, y Báez-Jorge, Félix (coords.)

2001 *Cosmovisión, ritualidad e identidad en los pueblos indígenas de México*. México, FCE / Conaculta.

Buscadores de Tesoros

S.f. Recuperado de: <<http://www.buscadores-tesoros.com/login?redirect=%2Fgallery%2Findex.htm>>, consultada el 10 de agosto de 2020

Cabrera, Octaviano

1958 Informe sobre la región del Gran Tunal en San Luis Potosí. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.
1968 *Historia de San Luis Potosí, época antigua*. San Luis Potosí, Sociedad Potosina de Estudios Históricos.

Criado, Felipe

1991 Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana*, 24: 5-29.

Cribb, Roger

2004 *Nomads in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.

Cruz, Rafael

1994 *Análisis arqueológicos del yacimiento de obsidiana de Sierra de las Navajas, Hidalgo*. México, INAH (Científica, 281).

Darvill, Timothy

1999 The historic environment, historic landscapes, and space-time-action models in landscape archaeology. En P. Ucko y R. Layton (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your Landscape* (pp. 104-119). Nueva York, Routledge.

Deal, Michael

1985 Houselot Pottery Disposal in the Maya Highlands: An Ethnoarchaeological Interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 4: 243-291.

Marcia-Anne, Dobres, y Robb, John

2000 *Agency in archaeology*. Londres / Nueva York, Routledge.

Earle, Timothy

2000 Archaeology, Property, and Prehistory. *Annual Review of Anthropology*, 29: 39-60.

Flower, Chris

2004 *The Archaeology of Personhood. An Anthropological Approach*. Londres / Nueva York, Routledge.

Giménez, Gilberto

1999 Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, v (9): 25-57.

Giménez, Gilberto, y Héau, Catherine

2008 El Desierto como territorio, paisaje y referente de identidad. En A. Fábregas, M. Nájera y C. Esteva (eds.), *Continuidad y fragmentación de la Gran Chichimeca* (pp. 63-93). México, Universidad Autónoma de Guadalajara / Universidad Autónoma de Zacatecas / Universidad Autónoma de Aguascalientes / Universidad Intercultural de Chiapas / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán / El Colegio de Jalisco / Universidad Autónoma de Coahuila.

Gobierno del Estado de San Luis Potosí

2015 Conoce San Luis Potosí. Recuperado de: <<https://beta.slp.gob.mx/sitisionuevo/Paginas/ConoceSLP.aspx>>, consultada el 7 de agosto de 2020.

Godínez, Daniel Alberto

2017 *Recursos vegetales culturalmente útiles en la región de La Piedad Michoacán 1860-1950*. Tesis de Maestría. El Colegio de Michoacán, México.

González, Leticia

2007 *Historia y etnohistoria del norte de México y de la Comarca Lagunera*. México, INAH.
2010 La Laguna, punta de contacto entre las sociedades agricultoras de la sierra Madre Occidental y los cazadores-recolectores del desierto. En J. Punzo y M. Hers (eds.), *Historia de Durango, Tomo I: Época antigua* (pp. 48-75). México, Universidad Juárez del Estado de Durango.

Hayden, Brian, y Cannon, Aubrey

1983 Where the garbage goes: refuse disposal in the Maya Highlands. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2 (2): 117-163.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática

1985 *Síntesis geográfica del estado de San Luis Potosí*. México, INEGI.
2010 *Marco geoestadístico municipal*. México, INEGI.
2017 *Anuario estadístico y geográfico de San Luis Potosí 2017*. México, INEGI.

Iturrioz, José, y Ramírez, Xitákame

2015 Toponimia sagrada o simbólica. En, A. Fábregas, M. Nájera y M. Mora (eds.), *Historia, religión y sociedad* (pp. 193-202). México, El Colegio de

Jalisco / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán / Universidad Autónoma de Aguascalientes / Universidad Autónoma de Zacatecas / Universidad Autónoma de Coahuila / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente / Universidad de Guadalajara / California State University.

Lessage, Jean

1966 *Recherches préhistoriques au Nord du Mexique. Introduction.* Archivo del Departamento de Monumentos Prehispánicos. México, INAH.

Loera Chávez y Peniche, Margarita, y Cabrera Aguirre, Ricardo (coords.)

2011 *Moradas de Tláloc. Arqueología, historia y etnografía sobre la montaña.* México, DEH-INAH / ENAH / Conaculta.

López Austin, Alfredo, y López Luján, Leonardo

1996 *El pasado indígena.* México. FCE / El Colegio de México.

Lynch, Kevin

1984 *La imagen de la ciudad.* Barcelona, Gustavo Gili.

Macías Quintero, Juan Ignacio

2006 *Prospección arqueológica en el sur occidente de Aguascalientes.* Tesis de licenciatura. Universidad Autónoma de Zacatecas, México.
2009 *Fortificaciones prehispánicas en la cuenca norte del Río Verde-San Pedro. Una evaluación desde la arqueología del paisaje.* Tesis de Maestría. El Colegio de Michoacán, México.

Maza, Francisco de la

1991 Pinturas rupestres potosinas. En L. Mirambell (coord.); P. Dávila y D. Zaragoza (comps.), *Arqueología de San Luis Potosí* (pp. 169-174). México, INAH.

Meade, Joaquín

1947 *El Cerrito, Informe No. 26, Expediente Archivo de la Huasteca No. 103, 1942-1947.* Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.
1948 *Arqueología de San Luis Potosí.* México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Michelet, Dominique

1976 *Archaeologie de Río Verde (État de San Luis Potosí). Contribution à l'étude des zones frontalières septentrionales de la Mesoamérique. Las Fronteras de Mesoamérica, XIV (1): 15-20.*

1984 *Río Verde, San Luis Potosí (Mexique).* París, CEMCA.
1996 *Río Verde, San Luis Potosí.* México, Instituto de Cultura San Luis Potosí.

Mirambell, Lorena, Dávila, Patricio, y Zaragoza, Diana

1991 *Arqueología de San Luis Potosí.* México, INAH.

Moreno Carlos, Ramón

2016 *El uso social del territorio patrimonializado: los comerciantes del pasaje Zaragoza en el centro histórico de la ciudad de San Luis Potosí, 1990-2015.* Tesis Doctoral. El Colegio de San Luis, México.

Muñoz, María, y Castañeda, José

2002 Reflexión sobre la arqueología y la historia de la sierra Gorda: análisis y descripción de puntas. *Iztapalapa, 52 (23): 408-429.*

Pérez, Elizabeth, y Herrera, Alberto

2008 El aprovechamiento del espacio dentro de la sierra Gorda en la época prehispánica. En C. Viramontes (coord.), *Tiempo y región. Estudios históricos y sociales* (vol. II, pp. 109-136). México, Universidad Autónoma de Querétaro / INAH.

Ramírez Bolaños, Amanda

2010 *Reconocimientos arqueológicos en el sureste del estado de Zacatecas: municipios de Pinos, Loreto, Villa García, Luis Moya, Ciudad Cuauhtémoc y Ojocaliente.* Tesis de licenciatura. ENAH-INAH, México.

Ramón Celis, Pedro Guillermo

2010 *El proceso de abandono de un asentamiento en el sur del istmo de Tehuantepec durante el Formativo terminal.* Tesis de licenciatura. ENAH-INAH, México.

Rodríguez-Loubet, François

1983 *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du nord du Mexique: le sud-ouest de l'État de San Luis Potosí.* París, CEMCA.
1985 *Les Chichimeques.* París, CEMCA.
2016 *San Luis Potosí y Gran Tunal en el Chichimecatlán del México Antiguo. Arqueología y etnohistórica.* México, Fomento Cultural del Norte Potosino A.C. y El Colegio de San Luis.

Sánchez Muñoz, David Alejandro

2011 *Formación del paisaje arqueológico en San Rafael de la sierra Gorda: Un ejercicio de construcción social del espacio.* Tesis de licenciatura. ENAH-INAH, México

Schiffer, Michael

1987 *Formation Processes of the Archaeological Record*. Albuquerque, University of New Mexico Press.

Taçon, Paul

1999 Identifying ancient sacred landscapes in Australia: from physical to social. En W. Ashmore y B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives* (pp. 33-57). Malden, Blackwell Publishers.

Tesch, Monika

- 1993 El área de Alaquines: una zona de contactos. En M. Cabrero (ed.), *Coloquio Pedro Bosch Gimpera* (pp. 443-459). México, UNAM.
- 1999 "Las Moras", ¿un sitio pame? *Diario de Campo*, 11: 12.
- 2000 Aridoamérica su frontera sur: aspectos arqueológicos dentro de la zona media potosina. En M. Hers y M. Soto (eds.), *Nómadas y sedentarios. Homenaje a Beatriz Braniff* (pp. 547-561). México, UNAM.
- 2005 La zona media potosina y su problemática regional. En E. Vargas (ed.), *IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera, t. I: El occidente y centro de México* (pp. 99-118). México, UNAM.
- 2008 Evolución cultural prehispánica de los grupos nómadas en San Luis Potosí, México. En R. Anzaldo, M. Muntzel y M. Suárez (ed.), *La trayectoria de la creatividad humana indoamericana y su expresión en el mundo actual* (pp. 117-124). México, INAH.

2009 Propuesta para una cédula de registro de "sitios" correspondientes a grupos seminómadas. En S. Mesa, M. Castillo, P. Sánchez y M. Medina (eds.), *Memoria del registro arqueológico en México. Treinta años* (pp. 281-287). México, INAH.

Valencia, Daniel

2005 La continuidad de la pintura rupestre en el tiempo. La Región de Aguascalientes. En M. Casado y L. Mirambell (eds.), *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004* (pp. 353-368). México, INAH.

Viramontes Anzures, Carlos

- 2000 *De chichimecas, pames y jonaces: los recolectores-cazadores del semidesierto de Querétaro*. México, INAH.
- 2005 Las representaciones de la figura humana en la pintura rupestre del semidesierto de Querétaro y oriente de Guanajuato. En M. Casado y L. Mirambell (eds.), *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004* (pp. 369-394). México, INAH.

Zamora Ayala, Verónica

2004 Asentamientos prehispánicos en el estado de Guanajuato. *Acta Universitaria*, 14 (2): 25-44.

Zapata Ramírez, Tania Libertad

2013 *Etnicidad e identidad étnica guachichil en el Tunal Grande, 1560-1620*. Tesis de Maestría. El Colegio de San Luis, México.